

VIOLENCIA (S), LAZO SOCIAL Y PRODUCCIÓN DE SUBJETIVIDAD: ABORDAJE SITUADO E INTERDISCIPLINARIO

Irene Ascaïni, María Belén Del Manzo y Natalia Lucese

iascaïni@psico.unlp.edu.ar

Facultad de Psicología | Universidad Nacional de La Plata (UNLP)

Eje Temático: Psicología comunitaria

Resumen

Esta presentación se propone indagar en el tema-problema de la violencia y su inscripción, conformación de la subjetividad actual. Dichos desarrollos se enmarcan en el Proyecto de Fortalecimiento Institucional “SALUD MENTAL Y PROMOCIÓN DE LAZOS SOCIALES NO VIOLENTOS” y, a su vez, en el Proyecto de Investigación (PPID) “APROXIMACIONES A LAS PRÁCTICAS SOCIALES VIOLENTAS: SUS USOS Y SENTIDOS EN BARRIOS DE ALTA VULNERABILIDAD SOCIAL” (Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata).

El recorrido parte de la puesta en diálogo de ciertos autores/as y líneas teóricas que se han ocupado de la problemática a modo de revisión, luego nos interesa la implicancia ético-política del tema a partir del abordaje territorial, es decir, tomando en cuenta el conocimiento de manera situada e interdisciplinaria.

En primer lugar, entendemos a las violencias como un fenómeno social complejo que incide en los procesos de producción social de subjetividades, reproduciéndose en los lazos sociales y comunitarios. En cualquiera de sus expresiones, las violencias producen importantes marcas en quienes la sufren, en los vínculos y en las organizaciones sociales. Estas inscripciones violentas serán en la mayoría de los casos, irreversibles. De esta manera, compartimos con algunos/as referentes la idea de la violencia como organizadora de subjetividad, como una “práctica social” presente en los modos de relacionarnos y en los lazos comunitarios, en la que intervienen múltiples factores.

En segundo lugar, la complejidad y polisemia del concepto, nos lleva a delinear una intervención que incluya en su análisis y en el diseño de estrategias de abordaje, aspectos interdisciplinarios y multiactorales. Aspiramos en este trabajo a mostrar algunas conceptualizaciones teóricas derivadas de diferentes disciplinas tales como la antropología, la lingüística, la psicología, la sociología, la filosofía, entre otras. Y que han mostrado importantes desarrollos sobre esta categoría. Con la idea de construir un marco teórico que permita intervenir comunitariamente en territorios signados por experiencias

violentas, posibilitamos debates, re lecturas que nos habiliten iniciar un diálogo y pensar estrategias de intervención con incidencia académica y política, dado que todos/as, en la sociedad contemporánea, estamos inmersos en la problemática de la violencia en sus distintas modalidades.

Palabras clave: violencias, lazo social, subjetividad, interdisciplina

Abstract

This presentation aims to investigate the problem-theme of violence and its inscription, conformation of the current subjectivity. These developments are part of the Institutional Strengthening Project "Mental Health and Promotion of Non-Violent Social Ties" and in the Research Project (PPID) "Approaches to Violent Social Practices: Their Uses and Senses in Highly Vulnerable Neighborhoods Social "(Faculty of Psychology, UNLP).

The course is based on the dialogue of certain authors and theoretical lines that have dealt with the problem as a review, then we are interested in the ethical and political implications of the issue from the territorial approach, is taking into account The knowledge of a situated and interdisciplinary way.

In the first place, we understand violence as a complex social phenomenon, which affects the processes of social production of subjectivities, reproducing in social and community ties. In any of its expressions, violence produces important marks in those who suffer it, in the links and in social organizations. These violent inscriptions will in most cases be irreversible. In this way, we share with some people the idea of violence as an organizer of subjectivity, as a "social practice" present in ways of relating and in community ties, involving multiple factors.

Second, the complexity and polysemy of the concept leads us to delineate an intervention that includes in its analysis and in the design of strategies of approach, interdisciplinary and multiactorial aspects. We aspire in this work, to show some theoretical conceptualizations derived from different disciplines such as anthropology, linguistics, psychology, sociology, philosophy, among others. And they have shown important developments on this category. With the idea of constructing a theoretical framework that allows community intervention in territories marked by violent experiences, we enable debates, re-readings that enable us to initiate a dialogue and think strategies of intervention with academic and political incidence, since all, in society contemporary, we are immersed in the problem of violence in its different modalities

Keywords: violence, social bond, subjectivity, interdiscipline

Breve presentación

Este trabajo se propone indagar en el tema-problema de la violencia y su inscripción, conformación de la subjetividad actual. Dichos desarrollos se enmarcan en el Proyecto de Fortalecimiento Institucional “SALUD MENTAL Y PROMOCIÓN DE LAZOS SOCIALES NO VIOLENTOS” y a su vez, en el Proyecto de Investigación (PPID) “APROXIMACIONES A LAS PRÁCTICAS SOCIALES VIOLENTAS: SUS USOS Y SENTIDOS EN BARRIOS DE ALTA VULNERABILIDAD SOCIAL” (Facultad de Psicología, Universidad Nacional de La Plata).

El recorrido parte de la puesta en diálogo de ciertos autores/as y líneas teóricas que se han ocupado de la problemática a modo de revisión, luego nos interesa la implicancia ético-política del tema a partir del abordaje territorial, es decir, tomando en cuenta el conocimiento de manera situada e interdisciplinaria.

Nos parece central en esta presentación despejar toda condición de “naturalidad” de la(s) violencia(s) y exhibirla en tanto fenómeno social complejo, existen en todas las culturas y sociedades y se enmarcan en los conflictos socioculturales-políticos y económicos de una comunidad. En este sentido, consideramos que particularmente el contexto latinoamericano, ha sido signado históricamente por prácticas violentas las cuales han adoptado distintas dimensiones, quebrantado el tejido social en su conjunto, transformando a las comunidades en una historia de padeceres, presentes de diversas formas y con un gran impacto subjetivo de manera intergeneracional.

Para comprender la producción de subjetividad en la sociedad contemporánea debemos reconocer las experiencias de las violencias, dado que sus distintas modalidades han producido profundas transformaciones en la vida relacional entre grupos y sujetos, pérdida de confianza en las instituciones, dificultades de acceso a los derechos ciudadanos básicos y debilitamiento del tejido social-comunitario.

¿Qué entendemos por violencia (s)?

Con el objeto de reflexionar sobre qué se entiende por prácticas sociales violentas, retomamos las palabras del antropólogo Georges Balandier (1986), quien postula que desde el principio de los tiempos siempre ha existido la violencia y que la historia humana puede verse como un esfuerzo interminable para controlarla. O en términos de Byung-Chul Han “hay cosas que nunca desaparecen. Entre ellas se encuentra la violencia (...) Su forma de aparición varía según la constelación social” (2016: 9). La violencia está presente en todas partes y aun no podemos explicarla o aceptarla.

De esta manera, sostenemos que la(s) violencia(s) y su percepción son epocales, esto nos lleva a plantearnos una serie de interrogantes ¿Cuáles son las experiencias violentas

en nuestra sociedad actual? ¿La violencia adquiere diversas formas, grados, niveles? ¿Podemos hablar de un continuo de prácticas sociales violentas?

Para esbozar posibles respuestas, comenzamos con la provocativa premisa del filósofo esloveno Slavoj Žižek (2013): lo que vemos, la violencia ejercida por un agente claramente identificable, esta generada por una violencia oculta, la misma que sostiene nuestro sistema político y económico, que es la clave para comprender lo que de otro modo parecen manifestaciones “irracionales” de violencia subjetiva.

Según dicho autor, la violencia subjetiva es la parte más visible de un triunvirato que incluye también dos tipos objetivos de violencia: sistémica y simbólica. La primera de ellas está relacionada con la violencia estructurante del sistema capitalista y los regímenes de opresión (patriarcado, racismo). Son las consecuencias a menudo catastróficas del funcionamiento homogéneo de nuestro sistema económico y político. Žižek señala que esta violencia objetiva es inherente al estado de las cosas “normal” y por tanto es invisible, dado que sostiene la normalidad del nivel cero contra lo que percibimos como subjetivamente violento. Por su parte la violencia “simbólica” se encarna en el lenguaje, en los discursos, imponiendo cierto universo de sentidos. Dicho autor sostiene que la violencia inter-subjetiva, la más visible y por tanto condenable, es aquella vinculada con lo físico y psicológico del orden interpersonal que aparece como acto anormal en un supuesto “grado cero” de violencia, es decir, aquel estado de cosas “normal” y pacífico que es punto de contraste y crítica para la violencia subjetiva emergente.

Si bien podemos identificar diferentes modalidades y expresiones de las violencias: económica, política, física, simbólica, violencia sexual y de género, entre otras, nos resulta pertinente recuperar dos ideas de Ismael Lizarraga (2001). Dicho autor sostiene al respecto que la violencia solo es pensable en términos de relaciones: de la relación que guardan el agente (ejecutor) y la víctima (receptor) con la contextualidad, y la relación diferencial que guardan las características del contexto con uno y otro. Otro aporte a destacar es que ninguna violencia deja de ser social, en la medida que “en el orden social nos adiestramos y domamos (domesticamos) unos a otros, toda violencia por más extendida que esté y por más tumultuada que resulte, necesariamente tiene tintes de doméstica: toda violencia es social y doméstica” (Lizarraga en Rosemberg Seifer, 2013). Según Leticia Cufre, la violencia participa de los procesos de producción social de subjetividades, en los que también ella se reproduce, es decir, la entiende como un organizador de subjetividad. De esta forma, pensamos a la violencia como “práctica social en la que el uso de la superioridad física de un actor o grupo de actores sobre otro u otros determina el vínculo que se establezca entre ambos” (Cufre, 2010: 71). A su vez, consideramos la modalidad violenta como un exceso, una forma de coacción mediante el

daño moral, psicológico, amenazas, prácticas económicas o simbólicas. Esto es, todo aquello que detente como característica el uso de la cohesión no necesariamente física. Dentro de estas modalidades ponemos especial énfasis en las prácticas simbólicas, que suele anteceder y legitimar otras formas de violencia. En términos de Cufre se trata de aquella “acción mediante la cual alguna persona o grupo impone a otro un determinado sentido, una interpretación del mundo, una valoración de lo que es bueno o malo” (2010: 78). Siguiendo esta línea, las prácticas sociales violentas están asociadas con la violencia social, o sea, efecto y producto de la estructura social de una época. Dicha expresión tendrá sentido para diversos grupos y será legitimada o no por imaginarios sociales no necesariamente homogéneos. En este punto podemos agregar que “la violencia material deja lugar a una violencia anónima, desubjetiva y sistemática, que se oculta como tal porque coincide con la propia sociedad” (Byung, 2016: 9).

A estas caracterizaciones acerca de la(s) violencia(s) podemos agregar, en términos de Sergio Tonkonoff (2016) la idea de un concepto polisémico y expansivo ya que es retomado por diferentes discursos (sociales, políticos, académicos, mediáticos, entre otros) y en variados contextos. Sostenemos, al igual que este autor, que la violencia es un fenómeno cultural, alejada de orígenes biológicos e (intra)psíquicos. Desde esta perspectiva, lo que se define como violento en determinado momento puede cambiar de un contexto sociocultural a otro y de una época a otra.

Como pudimos apreciar la violencia tiene una realidad física y sobre todo, simbólica: “depende del sistema de clasificaciones morales vigentes en un tiempo y lugar dados” (Tonkonoff, 2016: 127). De ahí su implicancia en el orden político.

Finalmente, nos resulta relevante recuperar las ideas de Adriana Boria (2016), quien afirma que los sujetos contemporáneos “vivimos la vida tamizada por los efectos de la violencia” (2016: 111). Dicha autora propone la noción de “experiencia(s) violenta(s), se trata de:

(...) un conjunto de acciones, representaciones, normas, status, que instituyen sujetos cuyas percepciones y sentimientos sobre el otro y lo otro (los otros sujetos y el mundo social) se hallan “sellados” en relación a las posibilidades de destrucción tanto individual como colectiva. (2016: 111-112).

Aquí el lexema “sellados”, según Boria, remarca la idea de la imposibilidad de percibir/se como seres dependientes y necesitados, y a la vez, da cuenta de la ceguera acerca de las consecuencias destructivas de los actos violentos individuales y/o colectivos.

La noción de experiencia refiere al modo de existencia social y su vinculación con las subjetividades: si bien toda experiencia es construida en y por la discursividad, los actos

violentos no son necesariamente del orden del discurso. Es decir, no es lo mismo recibir un golpe que ser objeto de insultos. Sin embargo, el discurso social (Angenot, 2010) crea un marco de permisividad que habilita el daño físico. De esta forma, la violencia también se siente en y por el cuerpo.

Lo hasta aquí expuesto nos permite sostener que la(s) violencia(s) son un componente central en la constitución de los sujetos, lo que nos lleva a pensar problemáticas sociales de la actualidad ancladas en el territorio, en el accionar de los cuerpos y la producción de subjetividades.

Abordaje territorial de la(s) violencia(s)

Resulta necesario, a los efectos de nuestra investigación, referir a los entramados de violencias que se evidencian en prácticas sociales de manera cotidiana en el territorio. Hablamos de prácticas y expresiones diarias de violencia en el nivel micro-interaccional: ya sea interpersonal, doméstica o delincuencial (Bourgois, 2005).

Una de las dimensiones de mayor gravedad es la que se vincula con la desigualdad estructural en términos de género, un factor inherente al ejercicio de las violencias interpersonales. En este sentido, tiene su raigambre en la trama macro social de las lógicas del capitalismo, así como también en la estructura patriarcal dando lugar a la violencia simbólica. Es preciso entonces dar cuenta de esta última modalidad, definida en la obra de Pierre Bourdieu (1997) como las humillaciones y legitimaciones de desigualdad y jerarquía internalizadas que incluyen desde el sexismo y el racismo hasta las expresiones íntimas de poder de clase. Se “ejerce a través de la acción de la cognición y del desconocimiento, del saber y el sentimiento, con el consentimiento inconsciente de los dominados” (Bourdieu, 1997: s/p). Según María Luisa Femenías este tipo de violencia “construye mundo”, “impone un orden bajo el supuesto de que es único, irreversible, inmodificable, incuestionable, fijo y eterno” (2008: 14). Esta forma se vincula con el sistema de creencias del individuo y está implícito en los usos del lenguaje. O sea, la violencia “macrofísica” en términos de Chun-Hal Byung (2016) puede tomar apariencias sutiles y expresarse como violencia lingüística, remitiendo a la negatividad ya que difama, denigra, desacredita. De este modo, se interioriza, se hace más psíquica y con ello, se invisibiliza. “Se desmarca cada vez más de la negatividad del otro o del enemigo y se dirige a uno mismo” (Byung, 2016: 11).

La disociación entre las concepciones de violencia como estructurador del orden social y las prácticas estatales para prevenir o remediar los daños, la deficiencia de mecanismos efectivos de participación ciudadana y la escasez o inequidad en el manejo de recursos de los gobiernos locales, son algunos de los pilares de los grandes desafíos para

intervenir en los espacios públicos, en los barrios. Esto nos lleva a delimitar dos posibles dimensiones de abordaje: una vinculada con la desigualdad estructural en términos de género, como dijimos, un factor inherente al ejercicio de las violencias interpersonales. Otra, en relación al racismo como un sistema social de dominación de un grupo sobre otros basado en diferencias construidas sobre la etnicidad, la apariencia, el origen, la cultura y el lenguaje.

En nuestra propuesta de investigación-acción, se evidencia la importancia de la perspectiva de género porque permite visibilizar entre otras cosas, las múltiples modalidades de violencia en diferentes ámbitos y desentrañar una trama discursiva que legitima las diferencias. Consideramos, al igual que Velázquez (2013), que una posible definición de violencia debe ser descriptiva del fenómeno y a la vez, tener un valor explicativo sobre qué es la violencia de género y por qué se ejerce mayoritariamente sobre las mujeres. “La violencia, entonces, es inseparable de la noción de género porque se basa y se ejerce en y por la diferencia social y subjetiva entre los sexos” (Velázquez, 2013: 28).

En la misma línea, destacamos los mecanismos de visibilización/invisibilización, este par indisociable forma parte de lo que denominamos la violencia simbólica, es decir, los procesos de inferiorización, discriminación, desigualación que se naturalizan y retroalimentan para su eficaz funcionamiento. En la mayoría de los casos, se le resta importancia, se la distorsiona o minimiza al ponerse en práctica en la vida cotidiana. Mientras la violencia física deja generalmente consecuencias evidentes y denunciabiles, la violencia simbólica es de difícil percepción y representación, esto constituye la forma más eficiente y habitual de reducir la autoestima, la autoconfianza para la subordinación y opresión de las mujeres, socialmente aceptada y validada (Segato, 2010).

Según Ana María Fernández (2009) para que la violencia del golpe, el acoso, la violación existan, es necesario que una comunidad haya, previamente, inferiorizado, discriminado, fragilizado al grupo social que es objeto de violencia (en nuestro caso los/as niños/as, las mujeres, los/as jóvenes). Este recorrido y diálogo disciplinar apunta a la visibilización de la problemática y a profundizar en el análisis de las construcciones sociales y simbólicas de las violencias.

También consideramos los aportes derivados de los Estudios de Género, quienes han insistido en la idea de las conductas violentas, en tanto acciones vinculadas a una construcción patriarcal de la sociedad, donde las virtudes están asociadas a los varones y las mujeres quedan en una posición de desigualdad e inferioridad.

En este punto, es central volver a la idea de “subjetividad”, en tanto es producida en las instituciones, los grupos y la comunidad, en términos de valores, ideas, sentidos y significaciones para ver y construir el mundo. Entendemos que el sufrimiento y los

padecimientos no afectan únicamente a los sujetos, sino que el tejido social se ve dañado por las diferentes prácticas sociales violentas. Dentro de la estructura social las violencias, como manera de expresar superioridad o como intentos de resolver conflictos de intereses, pueden leerse como constituyentes y constituidas por la formación de ciertos “habitus” (Bourdieu, 1997) en determinados grupos sociales y en momentos precisos. Al respecto, Félix Guattari propone pensar la subjetividad como:

[...] esencialmente social, asumida y vivida por individuos en sus existenciales particulares. El modo por el cual los individuos viven esa subjetividad oscila entre dos extremos: una relación de alienación y opresión, en la cual el individuo se somete a la subjetividad tal como la recibe, o una relación de expresión y de creación, en la cual el individuo se reapropia de los componentes de la subjetividad, produciendo un proceso que yo llamaría de singularización [...] un individuo está en la encrucijada de múltiples componentes de subjetividad. Entre los componentes algunos son inconscientes. Otros son más del dominio del cuerpo, [...] otros incluso son del dominio de la producción del poder (2005: 50).

Según Ana del Cueto (2014), asistimos a una subjetividad producida por un modelo económico- el capitalismo- que tiende a quebrantar y fragmentar los lazos sociales, fortaleciendo las individualidades, lo común comunitario se ha dividido. Surge entonces una “subjetividad capitalista” que es fabricada, modelada, consumida y producida. El capitalismo no es solo un modelo económico, sino que produce un tipo particular de subjetividad social. Se crea la necesidad y luego aparece el producto: el consumo. En este sentido, las intervenciones comunitarias que se diseñen deben tener presente la producción subjetiva de esa comunidad o grupo comunitario, es decir, intervenimos en la salud mental de esa comunidad específica.

Cuando hablamos de producción subjetiva, estamos refiriéndonos a cómo se produce, se inscribe, se conforma, participando en su constitución desde los complejos procesos de identificación, que ocurren en la intimidad de las relaciones familiares y en los vínculos con la comunidad, el estado, las instituciones, la historia, la política, etc. La producción de subjetividad incluye no solo la constitución psíquica del sujeto en tanto humano, sino también todos aquellos aspectos que hacen a su construcción social. Por lo tanto, su estructuración psíquica se desarrolla en el contexto social e histórico en el que el sujeto vive, se desarrolla y es afectado por los distintos encuentros. La subjetividad es un proceso de producción que se encuentra atravesado por dimensiones sociales, institucionales, grupales, e individuales. Es un devenir en transformación.

En definitiva, la violencia como categoría nos posibilita comprender nuestra situación como sujetos en la sociedad contemporánea. Para Adriana Boria “concebir la construcción de la subjetividad inmersa en procesos de violencia nos ayudó a vislumbrar algunas estrategias identitarias presentes en los lenguajes de la cultura” (2016: 107).

Reflexiones finales

Como vimos, la violencia es un problema complejo, presenta múltiples líneas que pueden ser analizadas y comprendidas desde visiones trans, multi e interdisciplinarias, es decir, en el cruce de debates y diálogos entre diversas ciencias sociales.

Las definiciones y posibilidades de intervención aquí trazadas deben ser útiles para caracterizar las modalidades de violencia padecidas y ejercidas en lo cotidiano. Esto implica pensar formas de abordaje territorial con incidencia académica y política, dado que todos/as, en la sociedad contemporánea, estamos inmersos en la problemática de la violencia en sus distintas expresiones.

“El reconocimiento de la existencia de estas manifestaciones violentas permitirá organizar conocimientos y prácticas sociales para comprender y apoyar a las víctimas” (Velázquez, 2013: 27). Esto es, contribuir en la prevención de prácticas sociales violentas, aportar a la promoción de la salud integral y el ejercicio de derechos en la comunidad.

Referencias bibliográficas

- Angenot, M. (2010). *El discurso social. Los límites históricos de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Boria, A. (2016). “Comprender la violencia en el mundo contemporáneo”. En Boccardi, F., Boria, A. y Harrington, C. (2016) *Genealogías de la violencia*. Córdoba: Centros de Estudios Avanzados.
- Bourdieu, P. (1997). *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: Anagrama.
- Bourgois, P. (2005). “Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador”. En Ferrándiz, F. y Feixa, C. *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Barcelona: Anthropos.
- Byung, CH. (2016). *Topología de la violencia*. Barcelona: Herder.
- Cufre, L. (2010). *Una inquietante familiaridad. Las prácticas sociales violentas como organizadoras de subjetividad. Un caso en la Universidad Veracruzana*. México: Biblioteca Digital de Humanidades.

- Del Cueto, A. (2014). *La salud mental comunitaria*. Buenos Aires: Fondo de cultura económica.
- Femenías, Ma. L. y Aponte Sánchez, E. (Comp.) (2008). *Articulaciones sobre la violencia contra las mujeres*. La Plata: Edulp.
- Fernández, A. M. (2009). *Las lógicas sexuales: amor, política y violencias*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Guattari, F y Rolnik, S. (2005). *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Buenos Aires: Tinta Limón.
- Rosemberg Seifer, F. (2013). *Antropología de la violencia en la ciudad de México: familia, poder, género y emociones*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Segato, R. (2002). *Las estructuras elementales de la violencia. Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Prometeo.
- _____ (2016). *La guerra contra las mujeres*. Buenos Aires: Traficantes de sueños.
- Tonkonoff, S. (2016). "¿Qué es la violencia? Una aproximación teórica". En Boccardi, F., Boria, A. y Harrington, C. (2016). *Genealogías de la violencia*. Córdoba: Centros de Estudios Avanzados.
- Velázquez, S. (2013). *Violencias cotidianas, violencia de género. Escuchar, comprender, ayudar*. Buenos Aires: Paidós.
- Zizek, S. (2013). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Buenos Aires: Paidós.